

# Día del Patólogo Clínico

Homenaje *in memoriam* al

**E**l sábado 1 de julio del año en curso, la Asociación Mexicana de Patología Clínica, con las estupendas instalaciones del Salón Hípico del Campo Deportivo del Estado Mayor Presidencial (ciudad de México) como marco, celebró en forma por demás emotiva el Día del Patólogo Clínico, con la asistencia de 126 personas, entre socios y acompañantes. Como parte central del evento, se ofreció homenaje *in memoriam* del presidente fundador y vitalicio de la Asociación, doctor Luis Rodríguez Villa, a seis meses de su fallecimiento.

Inició a las 13 horas, cuando el doctor Víctor Noffal Nuño, actual presidente de la Asociación, dio a todos los asistentes una calurosa bienvenida, seguida por un emotivo mensaje del doctor Enrique Wolpert Barraza, presidente de la Academia Nacional de Medicina.

Acto seguido, los doctores Guillermo Ruiz Reyes y Francisco Durazo Quiroz hicieron alusión al doctor Rodríguez Villa, resaltando aspectos relacionados con

la trayectoria académica y científica del maestro, y recordaron cariñosamente al hombre y al amigo.

El doctor Pablo Rodríguez Ezeta, a nombre de la familia Rodríguez, dirigió también un mensaje en que compartió con los asistentes diversos aspectos de su vida familiar y agradeció a todos por el reconocimiento y el cariño hacia su padre. El presidente de la Asociación hizo entrega de una placa de reconocimiento a doña Dolores Ezeta viuda de Rodríguez, e informó que una placa similar será colocada en la sede de la institución.

Durante el acto protocolario se respiró un ambiente de respeto, reconocimiento, nostalgia e infinita emoción, además de una gran alegría entre los familiares, socios y acompañantes presentes, testigos todos de un homenaje tan merecido a un gran personaje.

La comida fue amenizada por música de orquesta y en ella se hizo entrega de algunas credencia-



Doctor Enrique Wolpert, presidente de la Academia Nacional de Medicina, en su intervención durante la ceremonia del Día del Patólogo Clínico.

# nico en el año 2000

doctor Luis Rodríguez Villa



Día del Patólogo Clínico 10. de Julio de 2000

Vista parcial de la asistencia a la conmemoración del Día del Patólogo Clínico. Destacan al frente la doctora María Luisa Castillo y a su derecha el doctor Francisco Sánchez Girón.

129

les, tazas conmemorativas y botones distintivos a los socios activos; también se llevó a cabo la tradicional rifa de obsequios que amablemente proporcionaron algunas compañías de la industria del diagnóstico, así como de una beca otorgada por la Fe-

deración Mexicana de Patólogos Clínicos para el congreso nacional por celebrar durante noviembre en Puerto Vallarta, la cual obtuvo el doctor Pablo Rivera Hidalgo. La reunión finalizó con agradable baile.

Patólogos clínicos y familiares del doctor Rodríguez Villa, en la conmemoración-homenaje con motivo del Día del Patólogo Clínico.

En la mesa:

Al centro, doctor Francisco Durazo, a su derecha Doña Lolita Ezeta viuda de Rodríguez Villa y el doctor Guillermo Ruiz Reyes.



Día del Patólogo Clínico 10 de Julio de 2000

# Discurso del doctor Víctor Manuel Noffal Nuño, presidente de la Asociación Mexicana de Patología Clínica



El doctor Victor Noffal dio un mensaje de bienvenida en la ceremonia conmemorativa del Día del Patólogo Clínico.

Apreciables colegas y distinguidos acompañantes:

Hoy es un día especial por varias circunstancias.

La primera, por la feliz coincidencia de estar reunidos aquí un buen número de personas a quienes nos liga, aparte de la amistad, una situación común: la práctica o el estudio de la medicina de laboratorio, o ser familiar de alguien que la ejerce o la ejerció algún día.

También, por estar vivos y poder servir y dar amor a los que nos rodean, y disfrutar las cosas maravillosas que nos ofrece el Creador.

Y porque haremos la feliz remembranza de la vida y obra de nuestro fundador, el doctor Luis Rodríguez Villa, quien con paciencia y constancia aró y fertilizó la tierra, sembró y cosechó, y, además, nos heredó un frondoso árbol del que disfrutamos ahora su refrescante sombra.

A todos los que formamos parte de la Asociación Mexicana de Patología Clínica se nos ha recomendado la tarea de cuidar ese árbol, para que no se enferme o se seque, para que crezca y se fortalezca y siga rindiendo frutos a las generaciones venideras.

El reto es transformar nuestro gremio, hacerlo cada vez más fuerte, participativo y bien preparado, porque cada uno de nosotros es un representante de él en cada uno de nuestros centros de trabajo. El reto es continuar con dignidad la labor iniciada hace 53 años por el patólogo clínico por antonomasia.

Deseo expresar mi profundo agradecimiento a todos y cada uno de ustedes que se encuentran compartiendo con nosotros este espacio y tiempo, así como a nuestros invitados de honor: doña

Lolita y familia Rodríguez Ezeta; a los doctores Wolpert, Ruiz Reyes y Durazo, quienes amablemente accedieron a ser el alma de esta conmemoración; y a los miembros de la mesa directiva, José Pérez Jáuregui, Laura Rojas, Adalberto Alcántara y Alberto Zamora, por su insustituible ayuda y capacidad de organización y trabajo para la preparación de este acontecimiento.

Hace tres años tuve el honor de acompañar al maestro a partir el pastel de las bodas de oro de nuestra asociación. Hoy tengo el honor y el compromiso de presidir la misma y, algo mucho más agradable, el placer de dar a ustedes la más cordial bienvenida a nuestra celebración anual, la cual pretende ser precisamente un festejo, un elogio a nuestro fundador, a nuestra especialidad y a la vida.

---

## Luis Rodríguez Villa, el Maestro



131

Doctor Francisco Durazo Quiroz en su alocución in memoriam del Dr. Luis Rodríguez Villa.

Agradezco a la mesa directiva de la Asociación Mexicana de Patología Clínica, el honor que me confiere al permitirme participar en este homenaje póstumo a la memoria del maestro Luis Rodríguez Villa.

He aceptado su invitación porque siento que me lo impone el privilegio de haber disfrutado del trato amistoso que siempre me dispensó como su discípulo, por lo que mi juicio sobre su personalidad tiene un carácter muy personal.

Tuve el privilegio de conocer de cerca al maestro y disfrutar de su afecto y amistad desde mi ju-

ventud, cuando me iniciaba en las disciplinas que hoy conforman una especialidad médica: la patología clínica.

Corría el año de 1946, cuando el doctor Abraham Ayala González, entonces director del Hospital General, invitó a la naciente Asociación Mexicana de Médicos Laboratoristas (AMML) a participar en el Congreso Mexicano de Medicina, que tuvo lugar del 5 al 10 de agosto del mismo año con la participación de distinguidos médicos extranjeros, entre ellos los doctores Kahn, Kolmer y Wintrobe; así como de los miembros mexicanos

de la naciente Asociación, entre los que destacaba la figura de don Luis, acompañado por los doctores Luis Gutiérrez Villegas y Gerardo Varela, quienes participaron exitosamente en el congreso al lado de los distinguidos visitantes extranjeros.

Ya desde entonces exhibía don Luis una recia disciplina y un sentido justo de la trascendencia de ser médico. Pero el doctor Rodríguez Villa fue un gran visionario; por aquellos años nadie hablaba en México de educación continua, no era común volver a las aulas para refrescar o renovar conocimientos, como lo dijo el maestro Ignacio Chávez: "parecía que el profesional que había hecho sus estudios en forma sobresaliente, había sido preparado para toda la vida". Pero don Luis tuvo la visión de conformar un programa integral, que incluyó todas aquellas disciplinas que representaban el trabajo del laboratorio clínico, y que fueron la base del primer curso patrocinado por la Escuela de Graduados de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México. Existían entonces individualidades destacadas en las diferentes áreas, principalmente en hematología, microbiología, inmunología, bioquímica y parasitología; pero no se pensaba que un médico de laboratorio debía profundizar en dichas áreas para desempeñar eficientemente su posición como apoyo del clínico. Era la conformación de nuestra especialidad, había que formar médicos con una visión integral, y con sólidas bases en la clínica. Como lo señaló don Luis en aquel entonces:

Estamos empeñados por abrir por primera vez en tan hermético ambiente médico, la puerta del saber y de la enseñanza de las disciplinas del laboratorio clínico, con la más alta visión docente, para que por esa puerta puedan adentrarse, sin trabas ni cortapisas, quienes animados de un espíritu juvenil, y por tanto inquieto, quieran no sólo aprender, sino empaparse científica y tecnológicamente, en el conocimiento de las mismas, realizando estudios de posgrado.

Dicha percepción quedó plasmada en el diseño del lema de la naciente AMML, como lo expresara

el maestro al describir su significado: como la mano derecha del clínico.

Corrían los años sesenta cuando se discutió en la Academia Nacional de Medicina la creación de un sillón de patología clínica. Entre los diferentes comentarios prevaleció el criterio del doctor Mario Salazar Mallén, quien con su florida oratoria se opuso, argumentando que todas las áreas que conformaban la patología clínica estaban ya representadas en forma individual; no existía esa visión integral que tuvo don Luis. No fue sino hasta 1986 cuando fue aceptada nuestra propuesta, y desde entonces existe un sillón de patología clínica, ahora vacante y que debe ser ocupado lo antes posible.

Tuve el privilegio de formar parte del primer grupo que recibió la maestría coordinada por el doctor Rodríguez Villa, junto con los doctores Guillermo Ruiz Reyes, Xavier Castro Villagrana, Rodrigo Díaz de la Serna y José Martínez Fernández, entre otros; y de recibir las enseñanzas de las grandes figuras de aquella época, cada uno experto en su disciplina. Durante su desarrollo pude apreciar la sólida preparación profesional de don Luis y su vocación de maestro ejemplar. Como siempre lo he expresado: él encarna al verdadero maestro, el que forma discípulos que lo siguen a lo largo del camino, porque enseña con la palabra y con el ejemplo de su vida, y porque es capaz de despertar la emoción de seguir sus pasos.

Hoy quiero expresar en presencia de su familia, de mis compañeros y de sus discípulos, y de toda esta gente amiga, mi reconocimiento por su grandeza de alma, por su honestidad profesional, por su ejemplo, y por haber sido hombre de bien. Por todo esto pienso que sus discípulos contemplamos hoy su figura de maestro, prolongada en el tiempo, como un estímulo para ser mejores.

Don Luis, el hombre, albergaba una inteligencia viva, lúcida, poseída de grandes inquietudes, adornada con dos cualidades superiores que forman, a mi juicio, las características sobresalientes de don Luis: modestia y veracidad en forma inamovible. Con esa modestia firme que cumple de verdad los preceptos cristianos, y que es la más difícil de llevar; esa modestia que consiste en darle a cada cual la dignidad a que

tiene derecho, y que le permite el trato justo para cada uno de los que llegan a él. Quiera Dios que su ejemplo de hombre y médico haya dado frutos para beneficio de nuestra medicina.

El doctor Rodríguez Villa consagró íntegramente su vida profesional al ejercicio y enaltecimiento de la patología clínica; llevó una vida de estudio, de labor fecunda que forjó una personalidad científica sólida, con la rigidez que otorga la experiencia, el estudio y la superación.

Pero don Luis, el hombre, el científico, tuvo siempre a su lado a su inseparable compañera, doña Dolores Ezeta, quien supo darle todo su apoyo para que pudiera realizarse científicamente, y para formar, educar y orientar a una familia de once vástagos, que les han dado 23 nietos y algunos bisnietos. A ella profesó gran cariño y admiración; formaron una pareja que fue un modelo de afecto y respeto mutuos.

En su vida privada, don Luis era afecto a la lectura y la fotografía. En su juventud practicó el béisbol. Fue un escritor fino, sutil y elegante, como lo reflejaron sus múltiples escritos, principalmente las impresiones de su viaje a Sudamérica con los doctores Alfonso Álvarez Bravo y Carlos D. Guerrero, que presentó a esta Asociación en 1952. En ellas expresó que gustosamente siempre sirvió a nuestra Asociación, "buscando su engrandecimiento y que, con el esfuer-

zo continuado, coordinado y entusiasta de todos, alcance el sitio respetable que para ella deseamos, tanto dentro como fuera de nuestra patria".

En su trato personal, el maestro siempre exhibía una sonrisa bondadosa, era una mezcla proporcionada de pulcritud y modestia.

El 31 de diciembre pasado se nos adelantó en el camino; la medicina mexicana pierde a un preclaro representante de la sociedad, a un varón ejemplar. Ahora ocupa un lugar de honor entre quienes con su inteligencia y esfuerzo han contribuido con gran distinción al desarrollo de la patología clínica en nuestro país.

Deseo terminar con las palabras expresadas por el maestro en el editorial publicado por nuestra Revista en 1977:

133

En el seno de esta Asociación nació a la vida académica, y en la que he vivido en su plenitud mi trayectoria profesional, por lo que uno de mis caros anhelos es formar siempre parte de ella, para poderla servir fielmente hasta que mi mente deje de pensar, y mi corazón deje de latir.

Descanse en paz el médico, el maestro, el caballero, el amigo inolvidable, quien vivirá en nuestra memoria.

Francisco Durazo-Quiroz

## Luis Rodríguez Villa, el Científico

Agradezco a la mesa directiva de la Asociación Mexicana de Patología Clínica, el privilegio de participar en esta sesión de homenaje a la memoria del maestro doctor Luis Rodríguez Villa y de compartir, con mi antiguo compañero y amigo doctor Francisco Durazo Quiroz, la distinción de comentar aspectos distintos de la singular trayectoria profesional de nuestro inolvidable y querido maestro.

Estoy encargado de referirme a los aspectos académicos de su obra y, por estar íntimamente

ligados con esa labor, habré de relatar que después de graduarme como médico y con el deseo de efectuar estudios de posgraduado en laboratorio clínico, me encontraba muy desorientado. No sabía cómo, ni dónde, podía efectuar mi preparación. Entonces no existían en nuestro país residencias de patología clínica e intenté, sin conseguirlo, obtener una beca para hacer estudios de posgrado en Estados Unidos de América del Norte. Afortunadamente, un antiguo maestro y amigo, el doc-



Doctor Guillermo Ruiz Reyes.

tor Federico Tejeda Sandoval (q.p.d.), médico laboratorista de Puebla, me dio el mejor consejo que he recibido en mi vida profesional. Me dijo "en México hay un laboratorista clínico, poblano, muy conocido y prestigiado, además de amable y excelente persona, el doctor Luis Rodríguez Villa. Tengo su dirección, ¿Por qué no lo vas a ver y le pides orientación?"

Con ese impulso, una mañana de agosto de 1948 toqué a su puerta y el maestro, con su habitual cortesía y caballerosidad, me hizo el favor de recibirme de inmediato. Ese día me abrió las puertas de su laboratorio y de su amistad, la que conservé con orgullo hasta su muerte. Me dio los mejores consejos que un provinciano desorientado, con ese objetivo, podría recibir en ese momento y me sugirió que me inscribiera en la maestría en Ciencias de Laboratorio que en la Escuela de Graduados de la Universidad Nacional Autónoma de México y bajo su coordinación, como profesor encargado del mismo, se había iniciado unos meses antes.

El relato anterior tiene relación con las actividades académicas que el maestro realizó a lo largo de su fecunda vida profesional. Dos años antes del suceso, en 1946, el maestro Rodríguez Villa había fundado, con otros destacados médicos de esa ciudad, la Asociación Mexicana de Médicos Laboratoristas, antecedente de la actual Asociación Mexicana de

Patología Clínica, de la que fue presidente fundador logrando convencer, poco después, a las autoridades de la Universidad Nacional Autónoma de México, presididas entonces por el maestro Salvador Zubirán, de crear la maestría en Ciencias de Laboratorio de la Escuela de Graduados, en un momento en que no existían en el país las residencias de patología clínica que actualmente permiten, a los médicos interesados en ejercer la medicina de laboratorio, especializarse adecuadamente. A mi juicio este logro fue piedra angular del desarrollo de la patología clínica mexicana.

Esto ocurrió en 1948 y, al ser designado profesor de la maestría, con gran acierto, seleccionó a los médicos especialistas más destacados, en ese momento en diversas áreas del laboratorio clínico nacional. Entre ellos se encontraban los doctores Manuel Martínez Báez, Gerardo Varela, Antonio González Ochoa, Gilberto Breña Villaseñor, Ernesto Cervera Castellanos, Francisco Gómez Mont y Luis Sánchez Medal.

Su actividad a favor del desarrollo de la medicina de laboratorio en nuestro país no se detuvo. Presidió la Sección de Laboratorio Clínico de la XII Asamblea Nacional de Cirujanos en 1956, a la que concurrió una numerosa delegación de miembros de la Sociedad Cubana de la especialidad, con los que el maestro Rodríguez Villa había establecido

profundos lazos académicos y de amistad. La seriedad de su trabajo, su liderazgo de opinión, su capacidad de convocatoria y privilegiado talento, ejerció una honesta influencia para todos los que tuvimos el privilegio de convivir con él.

Entre otras muchas actividades, coordinó las Primeras Jornadas de Laboratorio Clínico celebradas en Puebla en noviembre de 1959. Esta reunión dio lugar a la fundación de la Sociedad Médica Poblana de Laboratorio Clínico, actual Sociedad Poblana de Patología Clínica y en su favor desarrolló múltiples actividades. En un acto de justicia y reconocimiento, esa agrupación profesional lo designó presidente fundador y vitalicio y, cada dos años, puntualmente, concurría a tomar la protesta de los integrantes de las mesas directivas, que cada dos años se renovaban.

Fue miembro de la Academia Mexicana de Ciugría y de innumerables agrupaciones médicas nacionales y en todas desarrolló actuaciones destacadas por su permanente afán de superación y progreso. Sería imposible, considerando la limitación de tiempo de esta presentación, referir las innumerables actividades que desempeñó en cada una de ellas y, por ello, me he permitido resumirlas en la siguiente forma:

Contribuyó a la educación médica de pregrado en Puebla como miembro del Consejo Académico de la Facultad de Medicina de la Universidad Popular Autónoma de Puebla –desde 1988 hasta pocos meses antes de su muerte– concurriendo puntualmente a las asambleas que eran convoca-

dadas y en las que participaba activamente aportando valiosas ideas. En esa posición universitaria favoreció al establecimiento de la asignatura de Patología Clínica en la Facultad de Medicina y a la creación de la especialidad de Patología Clínica, avalando así la residencia que se imparte en los Laboratorios Clínicos de Puebla.

El presidente fundador de esta Asociación que hoy cumple 54 años de fundada, mi maestro de ayer, de hoy y de siempre, tuvo la legítima satisfacción de ver cristalizada su obra y constituye, sin duda, la figura más importante de la patología clínica mexicana. Gigante entre los gigantes que establecieron las bases de nuestra especialidad, continuó apoyándola hasta los últimos días de su fecunda vida, con increíble vigor, consejo y entusiasmo, superando limitaciones físicas, con mucho esfuerzo y no poco dolor. Parafraseando a Newton, podría decir que “si hemos podido ver un poco más lejos es porque estuvimos parados en los hombros de gigantes”.

Las actuales generaciones de patólogos clínicos, que han encontrado la especialidad organizada, nutrida de ciencias, vigorosa y moderada, quizás ignoren la lucha del gran precursor que fue el maestro Rodríguez Villa. Sin embargo, su obra habrá de permanecer marcada, no como una huella que se recuerda, sino como un surco fecundo que continuará dando frutos ahora que se ha ido. El maestro Rodríguez Villa –podemos estar seguros– descansa en paz.

Dr. Guillermo Ruiz Reyes